

PRÓLOGO

LA NAVE

1

Ninguna forma de vida, latente o activa, podía escucharla, porque la nave era silencio.

Cruzaba el infinito como la más pequeña mota de polvo, dejando atrás la estela de lo desconocido para aproximarse al paréntesis de lo conocido. O quizá fuese al revés. Tampoco importaba. Allí donde el tiempo y el espacio son la paz, la nave era un simple prodigio, un dardo quieto que, sin embargo, viajaba a una velocidad superior a la de la luz. Bajo el parpadeo de las estrellas y el brillo de un millar de soles inmersos en galaxias distantes, la nave era un universo acotado.

Un latido.

Era alargada y hermosa. En su entorno, un cono plateado reunía a una docena de pequeñas ventanas, encima de las cuales se abría una de mayor tamaño. A ambos lados, dos alas en forma de delta triangulaban la primera mitad. Cuando éstas regresaban al fuselaje principal, la nave aumentaba el perímetro de su cuerpo. Dos nuevas alas delta

sostenían los propulsores y las cámaras de combustión. Un tercer motor quedaba instalado en la parte superior de la cola.

Alargada y hermosa, lo mismo que un gran pájaro en constante planear sobre la negrura infinita salpicada de luces.

Luces blancas.

Todas salvo una.

En el ventanal principal de la nave se encendió una luz roja. Primero fue un destello. Después un punto fijo. Permaneció estático durante varias medidas de tiempo, y finalmente se movió.

En el interior de la nave, las computadoras y los cerebros electrónicos continuaron funcionando automáticamente. La luz roja titiló una vez, y otra. Parecía perdida. Cuando se acercó al gran ventanal se asomó a través de él al Espacio Exterior. Era una simple luz, pero semejaba contemplar la mismísima eternidad buscando algo.

La luz dejó de ser roja. Cambió primero a naranja y después a rosa, se convirtió más tarde en violácea y por fin volvió a ser roja. Una medida de tiempo.

Y otra.

Las constelaciones, las galaxias, los mundos poblados por las maravillas del Universo la vieron pasar solitaria, como un extraño jinete a lomos de un dardo plateado.

La luz roja parpadeó una vez.

El silencio gritó con ella el misterio de una espera.

La luz roja parpadeó por segunda vez.

Y el silencio quedó aprisionado en una larga medida de tiempo.

La luz roja siguió quieta, reflejando su color vivo en el ventanal, viendo el desfile eterno de las estrellas, el paso de un millón de mundos distantes un millón de tiempos entre sí.

Y mucho, muchísimo después, parpadeó por tercera vez.

Tras ello, la luz roja se apagó.

Y ya no volvió a encenderse.

NIVEL CERO LA ENCUESTA

2

La voz surgió de los interfonos ubicados en el techo de la vivienda, cubriendo todo el ámbito del lugar.

–Llamada para Hal Yakzuby. Llamada para Hal Yakzuby –repitió con acento metálico–. Llamada directa para Hal Yakzuby procedente del Espacio Exterior. Diez segundos para ser atendida en primera instancia. Veinte para segunda antes de desconexión final. Llamada para Hal Yakzuby..

Hal Yakzuby dejó su butaca de aire y apagó el visor. El locutor que emitía el boletín informativo desapareció de la pantalla tridimensional. La voz inició el conteo de los 10 primeros segundos.

Se movió con rapidez. Las llamadas procedentes del Espacio Exterior estaban limitadas según el número de canales y líneas disponibles. Alcanzó la consola de mando privado, por la cual se atendía y gobernaba toda su vivienda, cuando la voz iba por el cinco, y pulsó la última tecla de recepción en el momento en que llegaba al siete.

Al instante, los interfonos quedaron silenciosos, y la imagen de Gidd apareció frente a él, sonriente. Basculó un breve instante hasta quedar fija en la pantalla videofónica.

–¿Papá? Papá, ¿me escuchas?

–¡Gidd, hijo!

Gidd Yakzuby mostró una ancha sonrisa en su rostro al recibir la voz de su padre. Vestía el uniforme de la Unidad y era lo bastante joven para parecer un muchacho, aunque también lo bastante adulto como para parecer un hombre. Viéndolo allí, frente a él, tan próximo y sin embargo tan lejano, Hal Yakzuby se dijo una vez más que era igual que su madre. La misma vitalidad, la misma energía.

La misma fuerza interior.

–Cielos –suspiró–. Créeme que ya tenía deseos de verte.

–Sólo han sido cinco meses, papá. En realidad hemos avanzado más de lo previsto.

–¿Qué tal estás, Gidd?

El muchacho extendió los brazos. Cerró los ojos e hizo ademán de gritar, pero en lugar de ello se mordió el labio inferior y volvió a mirar a su padre.

–Perfectamente, te lo aseguro.

–Tu primera misión. ¿Recuerdas cuando pensabas que no iba a llegar nunca?

–Lo recuerdo, y esto es tal como lo había imaginado. Trabajamos duro, ¿sabes? No es sencillo, pero estar aquí arriba, instalando la plataforma..., viendo el mundo a lo lejos, es..., es...

Buscó la palabra adecuada y no la encontró. Hal Yakzuby lo ayudó.

–Impresionante.

–Impresionante –repitió Gidd–. Claro, conoces todo esto mejor que yo. Debería saberlo, después de habértelo oído contar tantas veces.

–Ahora es tu turno, hijo.

–Ya hemos terminado la primera fase de la plataforma. Ayer se abrió el circuito de comunicaciones por primera vez, y hoy nos han permitido llamar a nosotros. Desde ahora podremos hablar a diario, papá. ¿No es grande?

Hal Yakzuby asintió con la cabeza.

–Lo es –dijo.

–¿Qué tal va todo por ahí abajo, papá? Aquí, hasta ahora, no hemos estado muy al tanto de las noticias.

–Bien, bien –musitó el hombre, casi con cansancio–. Aquí nunca sucede nada de particular. Las noticias siempre están ahí, contigo, y en las otras plataformas.

–¿Y tu trabajo? Cuenta. ¿Sigues con lo mismo?

–No, ya no. Hallamos la componente, casi de casualidad, al poco de irte. Fue un golpe de auténtica suerte. Teníamos unas 125.000 posibilidades, y todo se redujo a unas dos mil. Exactamente fue en el intento 2.009. Ark y yo trabajamos ahora en un estudio sobre la relación hombre-máquina en el espacio. Puede aportar datos de interés. Estaba a la espera de recibir un informe sobre vosotros precisamente.

–Suena interesante, aunque parezca un poco ingenuo, ¿no es cierto? –apuntó Gidd.

–Es largo de contar, pero las conclusiones pueden servir para lograr un mejor Sistema. Si te parece, te enviaré un resumen completo cuando termine la investigación. ¿De acuerdo? Y ahora..., vamos, cuéntame. No haces más que preguntarme, cuando eres tú el que anda por el espacio dando forma al futuro. ¿Qué has estado haciendo, Gidd...? ¿O es mejor preguntar qué ha estado haciendo el ingeniero técnico Gidd Yakzuby?

Un mejor Sistema. Eso le había dicho a Gidd. Bien, ¿no era ya perfecto, o casi?

O casi.

¿Podía ser perfección la acusada indiferencia de los últimos años, de los últimos tiempos? Seres humanos y máquinas conviviendo en maravillosa armonía, trabajando juntos, sabiendo que la unidad era la mejor de las fuerzas, y comprendiendo que unos necesitaban de los otros.

Seres humanos y máquinas.

Los primeros habían creado a las segundas, y las segundas habían mantenido con vida a los primeros. Así de sencillo. Así de evidente. Y así se había alcanzado el equilibrio. La historia se perdía muy a lo lejos, demasiado a lo lejos tal vez, porque con la lejanía, el mismo origen parecía ser una pequeña parte de un gran todo.

Una pequeña parte, cuando el origen era el todo.

O debiera serlo.

Bien, aquel estudio podía aportar datos de interés. Al menos así lo esperaba.

Hal Yakzuby contempló a Ezebel sumida en las sombras de la noche. Para los demás humanos, bien pudiera ser una mera y simple cuestión de mantenimiento y estabilidad, de continuidad y comodidad. Incluso de supervivencia. Sólo que él no era como los demás humanos. Él necesitaba saber y conocer, medir y valorar. Vivía en un mundo cuya perfección le asustaba.

Por las calles de la ciudad palpitaba el último bullicio antes de la hora final, la hora del sueño y del descanso. Desde los refinados androides hasta los simples autómatas y robots, todos cumplían con sus últimos cometidos. Hombres, mujeres y niños salían de sus lugares de trabajo y regresaban a casa. En las 9 Comunidades del Hemisferio

Sur comenzaba una nueva jornada; pero, para las 17 Comunidades del Hemisferio Norte, esa misma jornada terminaba.

Dejó la ventana y se dirigió instintivamente a su despacho. Era su lugar favorito incluso cuando no había nada que hacer o cuando no tenía deseos de trabajar. Las paredes, repletas de viejos libros que ya no se utilizaban, lo protegían de la frialdad exterior. No faltaban los más usuales medios de archivo y consulta. Poseía más de medio millón de microfilmes que albergaban los conocimientos de la humanidad. Sus propios estudios se hallaban recogidos en esos microfilmes.

Sobre la mesa tenía un pliego de informes, y junto a ellos, algo más de un centenar de encuestas realizadas en los últimos días. Encuestas de hombres y mujeres, de niños pequeños y de adolescentes, de androides y simples máquinas de acondicionamiento. Era imprevisible que pudiera formularse la encuesta a las tres primeras clases del Sistema, pero las siete restantes estaban allí, a través de miembros de cada una de ellas.

Leyó algunas de las respuestas, indistintamente, sin orden.

«Los humanos son una gran ayuda. Carecen de lógica y continúan siendo demasiado emotivos, pero resultan por ello sorprendentes y singularmente atractivos» (androide, Clase 8).

«Es lógico que nosotros realicemos el trabajo más pesado y que los humanos vivan felices. No se trata de sumisión ni esclavitud, según creo yo. Nosotros no nos cansamos, y somos más competentes» (robot, Clase 5).

«Las máquinas gobiernan porque es justo que sea así. ¿Qué sucedió en otro tiempo, cuando el ser humano gobernaba? De no ser por las máquinas no se habría sobrevivido al Gran Holocausto, que está ahí, en la historia anti-

gua, como prueba de nuestra debilidad. Sí, nosotros las hicimos; pero ellas tienen el poder merecidamente» (hombre, asistente en los Laboratorios Alb).

«Yo tenía un perrito y... un día me mordió. Tuve que ir al centro de asistencia. Ahora, en cambio, tengo un pequeño autómatas de juguete y es perfecto. Es mi mejor amigo. Lo quiero mucho» (niña, hija de un miembro del Comité de Tráfico Intercomunitario).

«¿Los sentimientos?... Bien, es obvio que se ha alcanzado la perfección absoluta en todo lo concerniente a cerebros electrónicos, ordenadores, computadoras... Pero perfección equivale a lógica. Las máquinas han llegado a tener sentimientos, y los tienen; pero ¿qué es un sentimiento enfrentado a la lógica? En otros tiempos ya se discutió todo esto, y no sirvió más que para crear el caos. Había cosas como..., bueno, ya sabe, el alma y todo eso. Me parece bien para los humanos; pero ¿de qué le serviría a una máquina tener alma, al menos como la entienden los humanos? Hoy todos somos iguales porque hay un Sistema, un equilibrio» (androide, Clase 4).

Dejó de nuevo las encuestas sobre la mesa. Y bien, ¿por qué no? ¿Acaso Ark, su mejor amigo y colaborador más directo, no era un androide de Clase 6, Investigación y Ciencia?

—Hal, te estás haciendo viejo —se dijo en voz alta.

En la antigüedad, el ser humano se había roto la cabeza buscando respuestas que no existían, sobre el infinito, sobre Dios, sobre la vida y la muerte. ¿De qué había servido la evolución, si él, ahora, retrocedía por los siglos de los siglos?

Seres humanos y máquinas. Estaban bien así. Los primeros se equivocaban. Las máquinas no.

Nada ni nadie iba a cambiar eso.